

Lo esencial en el ajiaco de la cultura cubana



Delia Proenza Barzaga

No tenía ni idea de que vivíamos en la misma región donde, de acuerdo con la versión más aceptada en la actualidad, había sido quemado Hatuey. Primer rebelde del que se tiene noticias en Cuba, el cacique indio eligió, antes de morir quemado, no acatar la religión ni irse al cielo, porque supo que dicha propuesta significaba compartir espacio con los crueles españoles que exterminaban a los de su raza.

Por aquellos, mis primeros años de vida, las estrofas de *El Mambí* nos llegaban, en voz de mi madre, armónicas, llenas de lirismo y de una épica que no entendíamos entonces. Nunca imaginé, y seguramente ella tampoco, que décadas después la canción devendría himno de celebración del Día de la Cultura cubana, fecha que me la trae de vuelta cada antepenúltimo mes del año.

Pero si cerca teníamos la historia del indio taíno, más cerca aún estaba de nosotros la de Carlos Manuel de Céspedes y su gesta emancipadora en Bayamo, ciudad situada a solo 12 kilómetros del pueblo rodeado de montañas donde nació. Fue el 20 de octubre de 1868, 10 días después de iniciada la sublevación del abogado y sus esclavos, ya libres, cuando se cantó *La Bayamesa*, escrita por Pedro (Perucho) Figueredo Cisneros, y que pronto sería de conocimiento popular.

La Historia patria, pienso ahora, debió permearnos más, pues nunca visitamos aquellos lugares sagrados, ni por mediación de la escuela ni por iniciativa familiar. Es desde la primera infancia que deben recibirse las influencias iniciales para una cultura que distinga al ser humano como lo que es, o como lo que debe ser: hijo de una nación, mezcla de sus mejores valores, producto de una formación que lo eleve y lo haga amar esas raíces de las que proviene, que lo haga defenderlas como lo hicieron los próceres de los que tanto nos hablaron en la niñez.

Cuando se alude a cultura nacional no sé por qué se tiene en cuenta, casi siempre, únicamente ese abanico de manifestaciones artísticas que sí, ayudan a conformar la cubanía, pero están lejos de ser sus únicos elementos. Yendo un poco más lejos, o más profundo, vale mucho, sobre todo en estos tiempos, hablar del respeto con que nos criaron nuestros mayores, que a su vez lo heredaron de aquellos otros, los descendientes de indios, mambises o españoles, o de la mezcla de todos ellos.

Ser portadores de la cultura cubana es compartir, agradecer, socializar más que en otras regiones del mundo, gesticular, hermanarse en las alegrías y en las tristezas. Es cantar y bailar, aunque de un tiempo a la fecha las letras, los ritmos y el volumen a que se escuchan la mayoría de las canciones resulten lacerantes al oído, y hasta al corazón. Es admirar los paisajes naturales, el azul casi único del cielo, la bandera tricolor de la estrella en el triángulo rojo. Es degustar platos típicos, aunque a veces, a fuerza de carencias, resulte difícil componerlos. Es vibrar y temblar con el Himno Nacional, dentro o fuera del archipiélago.

En la cultura del cubano está el tener opinión, el creerse con la razón casi siempre, el cuestionar y polemizar, el enfrentarse a las adversidades, vengan de donde vengan. Está también esa disposición a darlo todo por el otro en momentos críticos, como tantas veces ha sucedido cuando en países, cercanos o lejanos, han tenido lugar catástrofes de diversa índole.

Difícil resulta olvidar las imágenes del Comandante en Jefe Fidel Castro mientras, allá por 1970, donaba sangre para el pueblo del Perú, o de aquella misión inicial del Contingente Henry Reeve en Paquistán que abrió las puertas a otras más contemporáneas, como las del Ébola, o las actuales para combatir la COVID-19 en decenas de naciones que solicitaron ayuda a Cuba.

La cultura cubana está en el saber que proporciona la lectura, desfavorablemente relegada por la modernidad de una tecnología que muchas veces embrutece. Por eso, aunque los teléfonos móviles y la Internet parecieran llevarnos de la mano hacia un mundo más civilizado y mejor, pudieran ser, sin que lo notásemos, un bumerán que se vuelva contra nosotros.

Nuevas costumbres se derivarán, probablemente, de esta circunstancia que atañe al mundo entero, pero con mascarilla o sin ella, más o menos distantes, nuestra esencia deberá ser la misma. El pueblo más feliz, ya lo dijo José Martí, es el que tenga mejor educados a sus hijos, en la instrucción del pensamiento y en la dirección de los sentimientos.

Aseguró también el Apóstol que un pueblo instruido será siempre fuerte y libre. Esas máximas tuyas han regido los principios de nuestra sociedad incluso desde el Programa del Moncada. Junto a otro gran axioma, según el cual los pueblos que olvidan su historia están condenados a repetirla, tales herencias nunca podrán ser puestas a un lado. La cultura cubana es, como han dicho algunos, un ajiaco, pero hay ingredientes en ese plato que no nos podrán faltar nunca, sean cuales sean las circunstancias.



Se busca vacuna contra la impunidad



Carmen Rodríguez Pentón

Sin saber de Medicina y mucho menos de Epidemiología, los cubanos hemos aprendido a lo largo de siete meses que la COVID-19 hace daño y deja secuelas, solo que algunas son tan nefastas como la propia enfermedad; tal es el caso de los precios: los de la derecha, que son los topados, y los de la izquierda, esos que de forma ascendente fluctúan todos los días y de los cuales no se ha escapado nadie.

“El precio topado es a 35”, alega Melba Díaz, una yayabera cansada de trastear algo de cerdo ahumado hasta llegar a la tarima donde el vendedor, de mal talante riposta: “Pues el mío es a 50, lo tomas o lo dejas”.

Ejemplos sobran y necesidades, también; pero el mayor dolor está en los bolsillos. Aunque el extinto Consejo de la Administración Provincial desde el pasado año haya dispuesto precios máximos a cerca de un centenar de productos y servicios en el sector no estatal, carretilleros, vendedores ambulantes y revendedores pasan de largo ante resoluciones y controles.

“No compro nada a precio normal desde hace muchos meses”, comenta Elena, una maestra que no se cansa de repasar, peso a peso, cómo desaparece su salario cuando se ve obligada a recurrir a un tubo de pasta dental a 100 pesos, una ristra de cebollas a 60 pesos o una de ajo a 80, un litro de aceite en 100 pesos, una libra de arroz a 25, una onza de café a 5 y una de frijoles a... como le parezca el vendedor.

Ni hablar de los carretilleros o de la plaza del mercado, a donde, tras desaparecer las ferias dominicales con motivo de la pandemia, van los espirituanos en busca de viandas como yuca, boniato o malanga, casi siempre con precios por debajo del mostrador, aunque en tablilla se exhiban los topados y, en el peor de los casos, el producto no está y aparece cuando, por necesidad, el cliente está dispuesto a pagar casi el doble.

Claro que todo parte de la insuficiente oferta estatal por causas que van desde la situación de crisis creada por una pandemia que ha puesto en pausa la economía mundial, el bloqueo que se recrudece y, para ser justos, hasta el hecho de que no se exploten todo lo posible las reservas productivas que tiene la provincia.

Aun así, más allá de todos esos porqués, también estamos frente a una modalidad de la especulación y el provecho de quienes, a fuerza de ilegalidades, lucran con el bolsillo ajeno a la vista de todos. ¿Acaso los inspectores no están al tanto de que cualquiera, impunemente, vende una caja de cigarrillos a 15 pesos, si es de Villa

Clara, mientras los que provienen de la fábrica de Holguín se cotizan a 25 pesos? ¿Nadie se espanta cuando alguien pregona a toda voz aguacates a 20 pesos?

Las Direcciones Integrales de Supervisión (DIS), tanto en la provincia como en los municipios, si de precios se trata, están facultadas para accionar sobre el comercio minorista y también sancionar a quien viole y no controle la actividad, principalmente cuando es estatal.

“En estos siete meses de pandemia se han efectuado más de 7 000 supervisiones de precios y se han aplicado 4 044 multas por esas contravenciones que importan 672 585 pesos”, explica Sara Luna Triana, jefa de grupo de supervisores en la DIS.

Para Riselda Cardoso, inspectora provincial, es difícil controlar cuando escasean los supervisores y abundan los trasgresores. “Sabemos que hay irregularidades de precios, sobre todo en productos cármicos y agropecuarios, por lo que trabajamos por incrementar el enfrentamiento a las ilegalidades en todos los sentidos. Tanto es así que en un operativo de dos días en Yaguajay fue necesario aplicar una treintena de multas. Estos son tiempos de ser rigurosos ante la propensión de los vendedores, tanto legales como ilegales, a desangrar los bolsillos de los ciudadanos”.

A estas alturas, cuando Sancti Spíritus experimenta una compleja situación epidemiológica, con un alto número de casos positivos a la COVID-19, los importes también siguen subiendo, precedidos de la actitud inmoral de quienes se escudan tras los altos precios con una justificación inalterable: “Porque yo lo compro caro”, como si ya fuera un hecho la anunciada reforma salarial que está por llegar, todavía sin fecha definida.

Para que el sustento de cada día tenga su precio justo no queda más remedio que producir más, pero mientras, con la misma unión y fuerza que se enfrenta la pandemia, habrá que luchar contra esta especie de mercaderes marcados por el egoísmo, personas que en tiempos de crisis se aprovechan de una enfermedad cuya cura, por suerte, está cerca de ser una realidad para los científicos cubanos, aunque después habrá que inmunizarse de esas otras secuelas que lastran la economía familiar, para las que todavía no existe un candidato vacunal.